
*El orden democrático desde una perspectiva comparada**

*Seymour Martin Lipset***

Me agrada muchísimo el haber sido invitado a estar aquí con ustedes, en estas conferencias, sobre todo ya que el trabajo de ustedes es tan relevante, para lo que es el evento más importante de nuestros días, es la expansión de la democracia, el colapso de la dictadura, el totalitarismo y esto desde luego ha sucedido en todos los continentes, pero en donde ha sido más completa, desde luego ha sido en América Latina.

Esta mañana, Giovanni Sartori, un viejo amigo mío, comentó en cuanto a no sé qué palabra utilizó, pero en realidad él no trató mucho con México durante su presentación y ya que él dice que ustedes saben más de México de lo que él sabe, yo seguiré su ejemplo. Sin embargo, quisiera yo notar que no temo hablar acerca de México. En otras partes, de hecho, estaba yo recordando precisamente el día de hoy que hablé acerca de México en Polonia en 1961 o 1962, di una plática sobre México. Y el punto de esa plática fue que Polonia se había convertido en algo único y singular dentro de los países comunistas, puesto que había avanzado hacia una sociedad más libre y había todo tipo de manifestaciones, motines y huelgas continuas y el régimen permitía una cierta libertad; sin embargo no habían conceptualizado cómo manejar este fenómeno y lo que sugerí fue que si querían un ejemplo de un gobierno donde dominaba un partido pero, al mismo tiempo, permitía la libertad y cierto

tipo de elecciones, pues deberían de mirar hacia México.

En ese entonces, Polonia trataba de hacer una sociedad comunista más libre y quizá deberían haber aprendido de México. Afortunadamente ya Polonia no requiere de estos consejos y México ya no ofrecería el mismo ejemplo. Claro, ustedes todavía no han pasado por la prueba extrema, que es el cambio de gobierno a través de una elección. Yo hoy quisiera hablar acerca de las condiciones del orden democrático dentro de una perspectiva comparada. La preocupación intelectual con los requisitos sociales, cuyas condiciones varían conforme a los reglamentos políticos, se remontan hasta la antigua Grecia. Aristóteles distinguía tres formas diferentes: la democracia, la oligarquía y la tiranía. La oligarquía, tal como los regímenes aristocrático y monárquico, se definía como la regla de las élites tradicionales, basándose en las costumbres y la legitimidad histórica. Marruecos y otros reinos árabes son ejemplos contemporáneos. Su diferencia en cuanto a la tiranía, dictadura que apela a las masas como el comunismo, el fascismo, o el régimen populista de Perú, tiene un sabor mucho más moderno. Estas dos últimas formas, según sugería Aristóteles, realmente se fusionan más cuando la clase media es pequeña y la población es de veras avasalladoramente pobre.

La democracia, por otra parte, se da más cuando la capa de clase media es mucho más amplia. Este énfasis en cuanto a la distribución por clases, fue después acuñado por Maquiavelo en su análisis en cuanto a las fuentes de los diferentes sistemas políticos. En tiempos más modernos, este tipo de discusión ya se ha hecho bastante común. Los antepasados americanos conocían a Hobbes, a Locke y a algunos de los enciclopedistas franceses como

* Conferencia magistral presentada en el marco de la III Conferencia de la Unión Interamericana de Organismos Electorales, en el auditorio del Tribunal Federal Electoral el 4 de julio de 1996, México, D.F.

** El doctor Seymour Martin Lipset recibió su educación superior en el Colegio de la Ciudad de Nueva York y en la Universidad de Columbia; es senior fellow de la Hoover Institution y profesor Hazel de política pública en el Instituto de Política Pública de la Universidad George Mason. Es también escolar en el Instituto de Políticas Progresivas. De 1975 a 1990, estuvo en Stanford como profesor de ciencia política y sociología, y de 1965 a 1975, en Harvard como profesor, en la George D. Markham, de gobierno y sociología. Su principal trabajo es en el campo de la sociología política, organización de sindicatos, estratificación social, opinión pública y la sociología de la vida intelectual.

*** Traducción del inglés por la empresa Interpretaciones Siller.

Montesquieu, quienes también influenciaron a los revolucionarios franceses.

Viniéndonos a través de la historia, desde la Grecia antigua y Roma, hasta la experiencia de los diferentes regímenes europeos, sobre todo en Italia y en Gran Bretaña, se han tratado de contabilizar las fallas del régimen democrático republicano y de la intensificación de la autocracia dentro de un régimen monárquico. El énfasis en una división institucionalizada de los poderes que surge en los Estados Unidos, fue avanzada por primera vez en términos teóricos. Montesquieu nos obliga a ver los balances y nuestros padres americanos supusieron la necesidad de poder reforzar su poder, ya que el poder ilimitado siempre sería objeto de abuso, mientras que en Europa, los aristócratas y el gobierno local trataban de reducir el poder de la monarquía.

El énfasis en cuanto al papel de las instituciones políticas formales y en el Estado, como un determinante de los grupos políticos relevantes en el comportamiento de masas, se modificó con el surgimiento del análisis sociológico comparativo del siglo XIX, siguiendo a Tocqueville y a Marx.

Buscando la institucionalización de las reglas y de la libertad personal, si no de la democracia como tal, Tocqueville, quien es particularmente sensible al fracaso de la revolución francesa, volteó hacia América para descubrir los factores necesarios para limitar el poder estatal y entre estos señala las funciones de las asociaciones voluntarias como instituciones mediadoras y de fuerzas de contrapeso para el gobierno central, lo que las gentes hoy en día llaman sociedad civil.

También fue impresionado por la división del poder en América entre las autoridades federales, centrales y locales y enfatizó tres factores sociales, incluyendo mayor calidad de las condiciones y del respeto al pueblo, sin importar su origen social.

El y otros suponen, igual como lo hizo Thomas Jefferson, que una sociedad con una gran clase media autoempleada lo más probable es que fuera democrática, en comparación a otras donde hubiese diferencias de jerarquía. La democracia política fue institucionalizada inicialmente en América del Norte a través de la parte norte de Europa, las tierras donde la burguesía era más fuerte, la educación se

diseminaba mucho más y el Estado central se debilitaba.

Barrington Moore, que es casi un marxista, resume la historia de estas políticas y dice que es una lección que hay que aprender, y en una frase él nos dice: «si no hay burguesía, no hay democracia». El marxismo tradicional, tal y como fue enunciado por Marx y seguido por casi todos sus partidarios, incluido al Lenin de antes de 1917, supone que una precondition para el socialismo y la revolución para la clase trabajadora era una sociedad industrial capitalista avanzada que hubiese suprimido la escasez económica y que tuviese una gran mayoría de clase trabajadora. Marx decía que cualquier esfuerzo para perpetuar un régimen socialista en ausencia de dichas condiciones era una utopía y que nos iba a dar como resultado un aborto sociológico, ya que las formas severas de la desigualdad eran inherentes en cualquiera sociedad, sobre todo en la sociedad agraria.

Si los marxistas le hubieran puesto atención a Marx, hubieran entendido lo que pasó en la Unión Soviética, o ver por lo menos qué era lo que iba a suceder. El esquema revolucionario marxista, el cual contempla la regla burocrática, reemplazando al orden monárquico simultáneamente con el proceso de la industrialización capitalista, parece haber nacido a fines del siglo XIX y principios del XX, conforme la democracia se ensaya como forma política, durante un período y con diferentes grados de éxito, en un número de países europeos.

Antes de que se pudiera institucionalizar, surgen amenazas organizadas para establecer el poder en forma de sindicatos, partidos socialistas y grandes movimientos anarquistas. Estos retos no nada más asustan a los líderes de esa época, a la Iglesia y a los militares, sino que también intimidan a la burguesía liberal, que era el bastión del concepto del Estado débil. Los segmentos de éste último, consecuentemente se hicieron reaccionarios y se alinearon a las fuerzas oligárquicas y los prospectos para la democracia se desvanecieron y desde luego que esto fue parte del problema que confrontó Europa del sur y también grandes secciones de América Latina.

Algunos marxistas empezaron a darse cuenta de que el esquema revolucionario quizás no se sostendría para la escena industrial. León Trotsky

particularmente argumentó contra casi todos los liberales y marxistas tales como Lenin, diciendo que el paradigma marxista era seguido por el crecimiento del capitalismo y la democracia y que esto no se debería hacer dentro de la Rusia zarista. Aun cuando cambió de forma de pensar, de todas formas anticipó las distorsiones y las fallas que ocurrieron cuando se colapsó el régimen zarista.

El análisis marxista de las condiciones estructurales para el socialismo se olvidó o se ignoró por parte de los izquierdistas después de la revolución rusa, aun cuando la degeneración de comunismo hacia el estalinismo, el surgimiento del fascismo y las dictaduras en otros países parece ser que validan el supuesto de Marx y de Trotsky. Donde el poder burgués y la industrialización es débil, los esfuerzos para construir las democracias liberales sucumben a la dictadura. Las autocracias emergen en Argentina, en Brasil y aquí en México durante los treinta.

El pesimismo generado por los eventos de los veinte y de los treinta, en cuanto al futuro de la democracia en las sociedades libres fue dejado a un lado después de la Segunda Guerra Mundial con la caída de las potencias fascistas y la victoria de los países democráticos y la Unión Soviética.

La democracia se impuso en Alemania, Italia y Japón. Más generalmente un sinnúmero de nuevas naciones que habían sido colonias de Bélgica, Gran Bretaña, Francia y los Estados Unidos aseguraron su independencia y empezaron a trabajar dentro del marco de las constituciones y de procedimientos electorales, basadas conforme sus antiguos regidores.

El análisis de las precondiciones para la democracia y el socialismo, realmente se ignoraron o se olvidaron dentro del entusiasmo de la posguerra.

Los científicos sociales empezaron a estudiar las formas de cómo los nuevos países estaban creando nuevas instituciones políticas y señalaban la necesidad de una industrialización económica y una modernización social. Pero conforme se hizo evidente que muchas, eventualmente la mayoría de las grandes naciones y aun de los antiguos estados de América Latina no podían sostener o mantener las instituciones democráticas, la literatura de las ciencias sociales empieza a reenfatizar las antiguas teorías que asocian la democracia con la afluencia económica con un alto

nivel de educación, con una gran clase media y con instituciones mediadoras o con una sociedad civil más fuerte.

Varios analistas, como Samuel Huntington, en los Estados Unidos, Earn McDonald en América Latina y los llamados teóricos de la dependencia, los cuales todos ellos fueron influenciados por el trabajo de «Edwa», decían que las instituciones económicas del Occidente tendrían consecuencias desastrosas para el Tercer Mundo.

Huntington y O'Donnell argumentaban que los países menos desarrollados no iban a poder seguir los modelos democráticos, puesto que éstos estimulaban a la clase más pobre y trabajadora para poder exigir demandas a la economía, las cuales en caso de que se satisfagan, evitan el crecimiento.

Este resultado en límites condujo a cabo a golpes militares y a la emergencia de los sistemas burocráticos autoritarios.

Los teóricos de la dependencia enfatizaron que «las relaciones económicas tradicionales con los países avanzados y la existencia de un mercado libre en el Occidente, iban a dar como resultado una falta de recursos para el crecimiento, puesto que el capital abandona los países menos desarrollados y no está disponible para el desarrollo industrial». Los esfuerzos auspiciados por los sistemas autoritarios se consideraron como algo necesario.

Sin avanzar más en la discusión de estos diferentes enfoques teóricos, yo quisiera notar que este pesimismo revivido en cuanto al futuro de la democracia e inclusive del crecimiento, ha sido retado por desarrollos políticos más recientes.

Las tres potencias principales, desde luego Alemania, Italia y Japón, han mantenido instituciones democráticas por más de cuatro décadas.

En los 70 y los 80 se atestiguó la nueva emergencia de la democracia en una gran cantidad de estados antes considerados como autocráticos. Los regímenes de la derecha entraron en poder en Grecia, España y Portugal; mientras que en América Latina las instituciones democráticas resurgieron en Argentina, Brasil, Chile y muchos otros países. Las autocracias se

colapsaron en Haití, Pakistán, Paraguay, Filipinas, Corea del Sur y Taiwán.

El supuesto de que la dependencia y un sistema de mercado mundial preveía el desarrollo económico, también resultó ser injustificado. Los países menos desarrollados han tenido una tasa de crecimiento muy alta, aun cuando varía considerablemente de país a país, como ocurrió en el siglo XIX.

En los estudios de los economistas en cuanto al cambio económico en países menos desarrollados se ha detectado un movimiento hacia una mayor desigualdad y mucho más en los países autoritarios que en los democráticos.

El resurgimiento de la democracia, en la parte sur de Europa y hasta cierto grado aquí en América Latina, es congruente con aquellos modelos del cambio político que enfatizan la modernización económica, como una base para la liberalización y con la tesis de que la autocracia puede ayudar a auspiciar el crecimiento y, por lo tanto, facilitar las condiciones para la democracia. España es quizás el ejemplo clásico.

El sociólogo brasileño y hoy en día presidente Fernando Cardoso, una vez notó, pesaroso, que las condiciones para el desarrollo económico habían mejorado considerablemente en su país dentro del contexto de la estabilidad propuesta por la regla de los generales, facilitando la emergencia de las instituciones democráticas.

Pero sería erróneo darle demasiado énfasis a este tipo de conclusiones. Los patrones son demasiado variados. India sigue siendo una variación de todas las teorías, a excepto de Tocqueville, quien enfatiza el papel de las instituciones mediadoras. Este es uno de los países más pobres del mundo, sin embargo, sigue siendo demócrata. Otros países del tercer mundo populistas, incluyendo países como República Dominicana, Papúa, Nueva Guinea también siguen este supuesto.

El desarrollo político sugiere que las pequeñas poblaciones son conductivas a la democracia, aun cuando esto puede entrar en contradicción en el caso de Singapur.

Mientras que el interés por las condiciones para la democracia se enfoque en los estados menos desarrollados, se puede aprender mucho a partir de la historia de las democracias estables, tomando en cuenta las condiciones para la libertad política y las elecciones libres.

El análisis del Tercer Mundo contemporáneo, no debe llevarse a cabo sin hacer referencia a la historia de América del norte a la parte este de Asia y la parte norte de Europa, donde había sociedades agrícolas que se vieron confrontadas por un rápido crecimiento demográfico y que fueron divididas primordialmente por el lenguaje.

La sociología o la política del desarrollo, la preocupación por las elecciones en las nuevas sociedades o los nuevos sistemas electorales, no debe limitarse a ver nada más las sociedades contemporáneas, a partir de las cuales la historia necesariamente es limitada, sino también se debería de ver, como ya dije antes, las sociedades más antiguas.

Yo escribí un libro hace un par de años que se llama *La primera nueva nación*, y éste era sobre los Estados Unidos de Norteamérica. Es decir, el primer país que había sido colonia y que se había independizado del imperialismo y se había establecido como un estado independiente. Parentéticamente alguien me escribió que estaba yo mal al haber escrito esta introducción en este libro, puesto que alguien escribió un libro sobre Islandia, que se decía que era la primera nueva nación. Islandia se liberó de Dinamarca mucho antes de que los Estados Unidos se hubieran liberado de la Gran Bretaña.

Pero bueno, en cualquier caso, si vemos la historia de los Estados Unidos, de Canadá y de Australia, ellos fueron alguna vez estados en desarrollo que fueron altamente dependientes de las inversiones, bueno, principalmente británicas, pero hasta cierto punto también de las alemanas.

Schumpeter, enfatiza en un libro muy brillante sobre el imperialismo que de hecho está ya casi olvidado hoy en día, y nos dice que la dependencia de la inversión en las condiciones del capitalismo en el siglo XXI ayudó a estos países a poder construir recursos de capital. Las inversiones extranjeras, según Schumpeter, fueron reducidas debido a las bajas económicas; mientras que los recursos comprados

con capitales importados, tales como los ferrocarriles y las plantas siguieron ahí. Por lo tanto, el Estado no auspiciaba una deuda extranjera que tuviera que pagarse a pesar del revés económico.

Y una de las críticas que algunas personas han hecho, incluyéndome a mí mismo, en cuanto al efecto de la dependencia, es que no se da tanto auge a la inversión, sino que se enfatiza en préstamos en el extranjero y, desde luego, que cuando las cosas van mal, como siempre van, entonces estos países se quedan atorados como México, con la deuda extranjera.

Pero si hubiese habido capital extranjero en el país, este capital hubiera sido de los Estados Unidos o de otro país, igual hubiese sido eliminado. Claro está que esta generalización para el siglo XXI puede ser retada o modificada, puesto que ya hoy en día tenemos un sistema económico mucho más global. Y es más fácil poder sacar una inversión extranjera del país rápidamente.

Pero de todas formas, yo creo que es importante reconocer que el control estatal puede, y de hecho lo ha hecho, tener un efecto devastador en el crecimiento económico y en la independencia en comparación con la inversión extranjera para muchos países.

Ahora, en el occidente, está claro que la política de clases emerge y se convierte en el meollo de un sistema político y esta generalización, bueno, se podría hacer dentro de las fuentes de la diversidad política, a través de los países que tienen estratos por clases, es decir que hay partidos que tienden hacia la clase más privilegiada, mientras que otros partidos tienden a irse hacia la clase más pobre, pero de todas formas tiene que haber una lucha de clases y ésta ha existido en la mayor parte de los países.

La pregunta aquí en cuanto a la política actual y a los partidos, no parece ser tan simple en los estados excomunistas, pero sí tenemos una base fundamental en la mayor parte de los países; esta lucha de clases la cual deberíamos reconocer, se ha convertido en una batalla no nada más para el socialismo, sino también para la división y para que podamos ver los prospectos para una elección.

La legitimidad del sistema es una condición necesaria para poder mantener un gobierno estable

basándonos en las leyes respetuosas y conforme las reglas del juego que suponen libertades civiles y una posición civilizada. La política donde la legitimidad es débil, pues empieza a ser muy represiva y la mayor parte de los nuevos estados contemporáneos o las políticas posgolpe de estado, nos dicen que la fuerza no nos da un título para gobernar. Los sistemas poscoloniales que no tienen una legitimidad política, como por ejemplo todos los estados excomunistas nos lo muestran y claro que esto ha sido un problema en América Latina, aun cuando sus estados en una gran mayoría son estados antiguos, se remontan hasta 1820 o algo así, porque cuando se tiene la introducción de un nuevo sistema político a través de un golpe, a través de una revolución, a través de un régimen militar, en fin, no tiene una legitimidad tradicional, la gente no cree simple y sencillamente en el sistema, puesto que éste se ha llevado a cabo desde hace mucho tiempo.

Y, por lo tanto, los nuevos sistemas son inherentemente inestables. Tenemos que reconocerlo cuando confrontamos el entendimiento de estas sociedades y en este aspecto tendríamos que decir, si estamos hablando de América Latina o de los esfuerzos de la democracia en algunos de los estados africanos o en alguna otra parte, que el problema de la legitimidad es uno que tiene que ser considerado como importante en términos de debilitarlo.

Samuel Huntington ha hablado acerca de la tercera ola de la democracia, y esta ola desde luego que ha barrido a América Latina, pero la barrió porque precisamente en muchos países no se tiene legitimidad y por lo tanto, uno tiene que preocuparse de que los golpes o las crisis nos pueden llevar a una ruptura de la democracia. Entonces, uno no tiene solución a esta generalización, aparte del hecho de que podemos regresar a la importancia de la economía y a la importancia de una economía cada vez mayor y una economía en expansión. Esto es algo que los países ricos tienen que entender cuando tratan con los países menos privilegiados.

Los Estados Unidos de Norteamérica sigue siendo el ejemplo primordial de un nuevo estado posrevolucionario que se convirtió en una democracia estable y económicamente exitosa pero, claro está que los Estados Unidos tuvieron muchas ventajas incluyendo la calidad de sus dirigentes, el contenido de su forma, de la ideología igualitaria, de una institución no

relacionada con el Estado y que nos daba una nueva sociedad, y aun su geografía.

Nuevamente, por esa razón, simple y sencillamente pues no podemos decir, los Estados Unidos de Norteamérica fue un estado subdesarrollado, posrevolucionario y tuvo éxito. Sí, sí lo tuvo y uno puede aprender lecciones de otras sociedades a partir de su historia, pero también se ha contado con una serie de ventajas en términos de su primera ideología. Una de ellas es que, sobre todo en el extranjero se ignoraba a los Estados Unidos y los Estados Unidos es un país ideológico, está basado alrededor de una ideología que se ha definido como el americanismo, el americanismo es una ideología dentro del mismo sentido que se habla del fascismo, del socialismo, del comunismo, fue una ideología liberal, realmente se convirtió en lo que sería el liberalismo más tarde.

Como ideología, los estadounidenses creían tener un conocimiento de cómo debería de ser una nueva sociedad y querían que el resto del mundo fuese igual que ellos, al igual que los comunistas. De hecho, ha habido dos países ideológicos dentro de la historia, es decir dos importantes, uno ha sido los Estados Unidos de Norteamérica y otro ha sido la Unión Soviética, es decir, países que tienen cultura, que no es cuestión de tener una cultura común, un lenguaje común, sino que tienen solamente una sociedad.

Hoy en día nada más hay uno, ya que la Unión Soviética y el comunismo se han colapsado, pero dentro de este contexto, si vemos los aspectos del americanismo como ideología, uno de sus énfasis desde luego fue en cuanto al antiestado, el contenido básico está resumido en Jefferson en su aseveración de que «el gobierno mejor, es el que gobierna menos», y el conocimiento de que la concentración del poder en el Estado, el poder económico, el poder político no es bueno para un desarrollo económico, no es bueno para la unidad política, para la legitimidad. Esta es una idea que fue presentada por los revolucionarios liberales de fines del siglo XVIII y principios del XIX, pero después declinó entre aquellos que pensaron que querían la democracia y querían mayor igualdad, sobre todo los diferentes grupos que llamamos de izquierda.

Hoy en día tenemos un resurgimiento de un interés o de una conciencia del peligro del Estado y, bueno, no tengo tiempo para elaborar al respecto dentro del contexto americano o del contexto en otras

partes, a excepción de mencionar que el problema con el Estado en términos de democracia, crecimiento y poder es que en una situación en la cual el poder y el bienestar es igual a cierta ganancia a expensas de otros y de otros grupos, los estados fuertes en la economía o en la política evitan que otros lleguen al poder, que la hagan bien, o que se desarrollen económicamente. Por lo tanto, mientras que haya sistemas de mercado libre y que tienen enormes problemas al respecto, uno tiene que entender, como ya lo dije, los rusos en diferentes tiempos pensaron que pasaban del comunismo al capitalismo y del capitalismo al mercado libre y que se producían sociedades ricas como en los Estados Unidos y que, por lo tanto, al adoptar el mercado libre se iban a hacer ricos. Pues no, no hay garantía alguna.

El capitalismo, para ponerlo en una forma vulgar, realmente es un juego, es un juego en el cual algunos se enriquecen y otros no, muchos no; algunas naciones tienen éxito y otras no, pero esto es algo en lo que hay toda una estructura motivacional que opera para animar a la gente a desarrollarse, a ser empresarial, a improvisar dentro de la economía y dentro de la política y esto es algo que nosotros necesitamos. Y uno encuentra nuevamente, si es que vemos las diferencias culturales, entre los diferentes grupos étnicos o nacionales, que hay ciertas culturas, ciertos valores que facilitan o animan el empresarismo.

Max Weber escribió los famosos estudios de la religión y la economía y tiene su libro de la ética protestante y ahí se argumenta que una parte del protestantismo, el calvinismo, llevó a la gente a ser empresarial, a tratar de avanzar y que esto dio mayor riqueza a países donde ese marco religioso se estableció y desde luego, que la contraindicación que hace Weber es que el catolicismo no lo hace, no fue tan funcional para el desarrollo económico. Ahora, nuevamente no tenemos tiempos aquí para elaborar esto en cuanto al catolicismo en América del Sur o en Quebec o en el sur de Europa. Todo esto está relacionado con los desarrollos económicos y políticos en este caso, pero sí se puede establecer que en el pasado sí se tuvieron factores negativos, porque lo que queremos son sociedades donde la gente sea individualista, competitiva y ambiciosa, y esto no surge del aire, sino que viene de las instituciones y de los valores.

Afortunadamente, conforme nos vamos convirtiendo en un solo mundo, el tipo de valores que hacen lo positivo en términos seculares, se ha diseminado por el mundo, pero no en forma equitativa y, por lo tanto, los resultados no son así de iguales.

Tenemos desarrollos asombrosos de los países del este de Asia, de los tigres: Corea, Japón, Taiwán, etcétera, donde hay elementos que algunas gentes piensan que se basan en Confucio, y que ha estimulado el crecimiento. Hoy en día el catolicismo ha cambiado su carácter grandemente.

En el islam, por ejemplo, no ha funcionado muy bien que digamos, pero éste es el tipo de factores y de variables que tenemos que buscar si es que nos preocupa la democracia.

Ahora lo que yo he mencionado, no tiene que ver directamente con el tema de las celebraciones, principalmente de los sistemas electorales, pero los sistemas electorales son la forma institucionalizada de la democracia. La democracia requiere de partidos, la definición de la democracia, es una presentada por Schumpeter nuevamente, quien dice que las «sociedades democráticas son sociedades dentro de las cuales se compite por el poder, apelando a las masas, apelando a los votos y la forma en la cual las masas se imponen a sí mismas en el sistema, es pudiendo escoger entre los que compiten».

Pero de todas formas esta idea de control desde abajo no funciona, es una competencia institucionalizada, la que es necesaria, y esto es lo que se está desarrollando por todo el mundo.

Y los partidos políticos a su vez, están atados a bases de diversidad, a bases de división de los cuales las clases sociales son las más importantes. Entonces estamos tratando de institucionalizar estas diferencias con sistemas electorales que pueden ayudar a estabilizar un partido político, pero las diferencias entre las formas en las cuales escogemos, bien que haya representación proporcional o distritos de un solo miembro o presidentes o primeros ministros, todo esto aporta una diferencia y la misma división del sentimiento va a salir en forma diferente, conforme los diferentes sistemas electorales; pero todos son democráticos, todos son sistemas en los cuales los políticos tienen

que ponerle atención a lo que el resto de la población en grupos organizados, es decir, el electorado cree. Y ésa es la naturaleza de la democracia, la lucha competitiva por el poder.

A través de apelar a los grupos, y esos grupos o electorado sofisticado es mucho más importante y más fuerte en países más desarrollados, en países mejores educados, entonces tenemos como una especie de ciclo de refuerzo, que se puede considerar en términos positivos o negativos.